

gran cesto sobre la verde hierba. Le abren, y sacan de él: dos langostas de mar, una ensalada de pepinos, cuatro docenas de manzanas verdes, algunos manojos de rabanillos, y varias garrafas de agua.

— ¿Qué burla es esa? — exclama el otro estudiante estupefacto. — No venimos aquí á almorzar... ¡Se trata de un duelo!

— ¡Un duelo, seguramente, y duelo á muerte! — responde el estudiante de Medicina, con fúnebre voz.

Después, designando la langosta y lo demás, añade:

— ¡Hé aquí mis armas!

— ¡Sus armas!

— Sin duda. He decidido batirme «al cólera.» En este momento ejerce sus estragos con violencia extrema, y después de un almuerzo tan indigesto como el que aquí presento, de seguro uno de los dos quedará en el sitio. Tenga usted la bondad, señor mío, de tomar posición, y ataquemos esta langosta. ¡Ea, en guardia!

Los cuatro testigos sueltan estrepitosa carcajada, y ésta se comunica á los dos adversarios. Muy luégo, reunidos todos, co-

gidos del brazo, se dirigen á la fonda más próxima, y allí consuman un almuerzo ménos colérico.

Los más furibundos duelistas de época antigua, Fayot, Choquarts, hasta ellos debieron renunciar á consecuencia de alguna chanza, á desafíos que esperaban mantener, con harto agrado suyo, largo tiempo había.

Choquarts, un día de mal humor, decidido á distraerse á todo trance, ve venir de lejos á un paseante de continente marcial; se acerca á él, y plantándose enfrente, le dice:

— Caballero, no puede usted imaginarse cuánto me carga su figura.

— ¿De veras, señor mío? ¿Desde cuándo? — responde el desconocido sin inmutarse.

— ¡Eh! Desde que le he visto, hace algunos minutos.

— ¡Sólo algunos minutos! ¡Dichoso usted, señor mío! Si fuera como yo... Desde que nací me causa horror mi figura, y nunca he podido desembarazarme de ella.

Y diciendo esto, prosigue su camino, dejando á Choquarts estupefacto.

Este Choquarts, una de las personalidades parisienses más prominentes en 1830, vivía de una módica pensión que le pasaba el conde de Chambord. Se encontraba siempre muy apurado, pidiendo á todos prestado, pero no carecía de cierta delicadeza. Hé aquí un ejemplo:

Hallábase cenando en compañía de Villemot (que es quien más tarde escribió el incidente), de Bouffé, el director del Vaudeville, de Armando Marrast; y de un hombre de negocios, llamado Mutón. Este último tuvo la imprudencia de hablar mal de Carlos X. En seguida se levanta Choquarts indignado, y exclama:

— He jurado abofetear á la primera persona que insultase á mi rey. Lo siento por ti, Mutón; pero mi palabra es palabra.

Y se abalanza sobre el pobre Mutón; pero párase repentinamente, y se le oye balbucear:

— ¡Ay, Dios! Le debo un duro, y no puedo abofetearle, sin haberle antes pagado.

Pasan algunos segundos, y se vuelve hacia el director del Vaudeville:

— Bouffé, mi querido Bouffé — le dice con tono suplicante — deme usted un duro, para que yo pueda sentarle los dedos á Mutón.

— Mi buen Choquarts — replica Bouffé — con sumo gusto le prestaré veinte francos al salir de aquí, pero no le daré ni siquiera medio para el uso que pretende.

— ¿Y tú, Villemot?

— Yo — dijo Villemot — no tengo un céntimo.

Choquarts estaba desconsolado. Tirábase de los pelos. Era la primera vez de su vida que, deseando dar un par de bofetones, no podía conseguirlo. En tanto que aun procuraba enternecer á alguno de sus amigos, Bouffé, como hombre prudente, había llevado á Mutón aparte, diciéndole:

— Amigo mío, no está usted aquí seguro. Un peso duro se encuentra fácilmente. Choquarts acabará por obtenerle, y entonces... ¡guárdese usted! No veo otro medio de librarse de ese apuro, sino prestándole otros cien francos. Como él no podrá nunca

devolvérselos, su propia delicadeza le obligará á respetarle á usted.

El hombre de negocios comprendió lo justo de su razonamiento. Así, terminada la cena, le ofreció los cinco luises de oro á Choquarts, quien al pronto se negó á tomarlos; pero acabó por aceptar, diciendo con gran dignidad y aires muy peculiares suyos:

— ¡Sea en buen hora! Acepto. Pero el día que cobre la pensión que me pasa S. M., te reembolsaré, y recibirás al propio tiempo mis bofetadas.

Por supuesto, que cuando cobró su pensión, se la comió, y olvidó á Mutón.

.....  
Fayot, el terrible Fayot de la Restauración, tuvo también muchos desafíos... fracasados.

Por el año de 1830, un joven de provincia — Roger de Bauvoir, en sus *Duelos y duelistas*, dice un normando — se hallaba hacía algunos días en París, y se lamentaba de ser allí desconocido, de sentirse perdido en medio de la multitud.

— ¡Si yo pudiera — pensaba él consigo mismo — tener algún desafío de que se ocu-

paran los periódicos, esto me pondría en evidencia, mi persona sería de moda!

De tal modo esta idea le atormenta, se impone sobre su raciocinio, que en seguida se da trazas para topar con algún mal negocio, como otros se ingenian para hallar uno bueno.

Estaba tomando su tacita de café, entre dos luces, á la puerta de Torton, cuando un hombrecillo flaco, bigotes retorcidos, vestido de moda rigurosa, con su lente en el ojo y aire arrogante, fué á sentarse junto al velador inmediato al suyo.

Al cabo de unos minutos, durante los cuales el normando ha examinado á su placer al recién llegado, se levanta, acércase á él, saludándole, y le dice:

— Caballero, ¿tendría usted la bondad de darme las señas de su sastre?

— ¿Para qué? ¡señor mío!

— Es porque me parece usted admirablemente apuesto de traje. Ese frac verde con botones de plata, le sienta á usted á la perfección.

— Si así es, caballero, hé aquí las señas que usted desea. Casualmente, mi sastre,

como recuerdo para que no le olvide, me ha dejado hoy una tarjeta de su establecimiento.

— ¡Cuánta amabilidad! ¿Acaso no tendría usted también la tarjeta de su zapatero?

— Nó; pero tendré sumo gusto en darle á usted sus señas por escrito.

Saca del bolsillo una elegante cartera, escribe un nombre y las señas, arranca luego la hoja, y pasándola al mozo provinciano, le dice con el tono más natural del mundo:

— ¿Le basta eso?

— No, no del todo, lo confieso.

— ¿Qué más le falta?

— Ese su sombrero de usted tiene una forma que me agrada infinito. ¡Si me atreviera á pedirle también las señas del sombrero!...

— ¡Ah! Siento mucho no acordarme de ellas en este instante. Pero, de seguro en casa las encontraré, y dos de mis amigos irán mañana temprano á llevárselas, si usted á su vez tiene á bien darme las suyas.

— Sí, por cierto, caballero, ¡qué menos! Hé aquí mi tarjeta.

— Hé aquí la mía.

Ambos se saludan muy graciosamente, y el provinciano, después de haber pagado su café, se aleja de Tortoni para dar una vuelta por los bulevares.

Había encontrado por fin el incidente que buscaba, y esto sin ruido, sin escándalo, de la manera más cortés del mundo.

Pero ¿cuál era el nombre de su adversario? Nada tan sencillo como el saberlo. Se pára delante del escaparate de un almacén iluminado con reverbero. Saca del bolsillo la tarjeta del desconocido, y lee estas dos palabras: «Marcial Fayot.»

¡Fayot! ¡El célebre Fayot, el gran dueñista, el eterno espadachín, que se estrenó matando de un pistoletazo á un jovenzuelo, San Marcelino, amigo de Fontanes, ilustre profesor de la Universidad! ¡Fayot, célebre por cien hazañas semejantes; Fayot, siempre triunfante, siempre impune; Fayot, el rey de los desafíos!

Á la verdad, para quien andaba buscando querrela, nuestro normando había tenido acierto feliz. El negocio era de los más positivos, de los más claros: al día siguiente

recibiría una bala entre los dos ojos, punto de mira favorito de Marcial Fayot... Y no era eso solamente: iba á salir en un instante de su oscuridad, hacerse célebre en París, en Normandía, en Europa... Sí, pero él no estaría presente para disfrutar de tanta gloria... Esta idea le atormentaba: bien quería ser un héroe, pero no un héroe póstumo.

Al volver á casa, su alma estaba en un trance; durmió con sueño agitado.

Al despertar, otras preocupaciones vinieron á asaltarle. Á nadie conocía en París, absolutamente á nadie. ¿Qué testigos iba él á oponer á los de su adversario?

Á fuerza de pensar en ello, se llevó la mano maquinalmente al bolsillo, y se encontró con la tarjeta y señas que le había dado Fayot: «Staub, el sastre, y Sakosky el zapatero, dos artistas afamados, dos celebridades de la época.

— ¡Calle! ¡calle! — dijo para sí el normando; y el regocijo asomó á su rostro.

Pocos minutos después escribía á Staub y Sakosky, rogándoles se presentasen inmediatamente en la fonda que habitaba.

Llegaron á un tiempo, y recibieron en cargos de importancia en ropa y calzado. Iban ya á retirarse, muy satisfechos de su nuevo parroquiano, cuando éste les dijo:

— Deseo saber el precio de mis encargos, para pagar en seguida.

— ¡Oh! Caballero, no corre prisa.

— No digo que no, pero yo por mí la tengo. Dentro de una hora, me bato en desafío con el Sr. Fayot, y á pesar de mi destreza, de mi gran costumbre en las armas, con semejante individuo no se puede asegurar nada.

— ¡Se bate usted con el Sr. Fayot! — repetía Sakosky aterrado.

— ¡Entonces es usted hombre muerto! — acabó la frase exclamatoria Staub, cuando pudo hablar.

— Ya ven ustedes si tengo razón para querer poner mis negocios en orden. Así, pues, tomen este dinero. Si sobra algo, arreglarán cuentas con mis herederos.

— Pero ¿y la ropa encargada?

— ¿Y las botas?

— También las entregarán á mis herederos, en recuerdo mío.

Los dos artistas estaban aturdidos. ¡Perder tan buen parroquiano, que de un solo golpe se mandaba hacer un guardarropa completo y doce pares de botas!... Luégo le miraban, les parecía joven, buen mozo, robusto. Recordaban que les había dicho ser diestro y práctico en el manejo de las armas. ¡Si por acaso fuera él quien matase á Fayot, su antiguo parroquiano, su deudor de setenta y dos fraques, cincuenta pantalones, ochenta y siete chalecos y trescientos cuarenta pares de botas!

— Caballero — dijo por fin Sakosky — ¿podré tener la honra de que me diga usted el nombre de sus padrinos?... Los padrinos son de gran importancia en un duelo, y...

— Aun no los tengo todavía — respondió el joven interrumpiendo. — Cuento con dirigirme á los militares que encuentre, al primer venido. ¡Qué remedio! No conozco á nadie en París.

Staub y Sakosky se consultaron un momento; después, dirigiéndose á su parroquiano, le dijo Staub:

— Caballero, en la casa que habito hay una sala de armas muy concurrida, donde

diariamente veo hacer sus ejercicios á Charlemagne y Godaut, que son maestros afamados, á Bondy, gran tirador, y al mismo Fayot. Por eso, no soy del todo extraño en materia de esgrima, y si me atreviera...

— ¿A qué pues?

— A ofrecerme como testigo suyo en compañía del Sr. Sakosky.

— ¿De veras?... En rigor, ¿por qué no? Ustedes son muy conocidos y estimados en París, artistas de primer orden... Acepto.

Y aceptaba con tanto mayor gusto, cuanto que eran ellos mismos quienes proponían lo que deseaba él.

A medio día, ambos adversarios y sus respectivos padrinos se hallaban en el bosque de Boloña.

Fayot, estupefacto al ver su sastre y zapatero que se le acercaban, exclamó:

— ¡Cómo! ¿Hasta aquí vienen ustedes á perseguirme? ¡Qué tiranía! Denme sus cuentas y concluyamos de una vez.

— ¡Ah! Sr. Fayot, ¿cómo puede usted pensar? — prorrumpió Staub. — En este momento no somos vulgares artesanos, nos presentamos en calidad de testigos.

— ¡Hein! ¿Qué dice usted? ¿Ustedes han sido designados como padrinos?

— Sí, señor. Usted le ha dado á su adversario nuestros nombres y señas, y él no conocía á otro ninguno en París, y...

El terrible duelista, casualmente en vena de buen humor, se echó á reír. Staub y Sakosky entonces se apoderaron de su persona como si fuesen á tomarle medida, y ambos le dijeron á un tiempo:

— ¡Por Dios! Sr. Fayot, no vaya usted á matar á tan buen parroquiano, que no regatea y paga por adelantado, y cuya figura es tal que dará honra al arte. Mírele usted, ¡qué talle, qué pies! Cuando le hayamos vestido y calzado como á usted, estará soberbio... ¡Qué mejor muestra para nuestras tiendas!... Los tiempos son difíciles... No todos los parroquianos pagan...

— No me importunen — dijo Fayot echándolos á un lado con gesto expresivo.

Se dirigió en derechura á su adversario y díjole con brusco tono:

— ¡Es usted muy ladino con malicia!

— ¿Por qué lo dice?

— Porque sin aparentarlo y sin compro-

meterse demasiado se ha librado de un mal paso... Pero ¿qué le indujo ayer tarde á buscar querella?

— Quería hacerme célebre — respondió francamente el mozo.

— ¡Ah! ¿De veras? — prorrumpió el duelista — ¿le atormenta esa manía? Yo también la tuve... á su edad... Afortunadamente para usted, usted librará mejor que yo — añadió, recordando la muerte del joven San Marcelino... — Suba usted en mi cabriolé. Voy á conducirle á París y á pasearle por los bulevares. Yo le aseguro que no tardará en ser señalado con el dedo, y que todos dirán al verle: «Es el primer individuo que se ha encontrado frente á Fayot en el terreno, y á quien Fayot no ha dado muerte.» ¡Vamos, despáchese, no cambie yo de ideal!

Hizo una seña, y avanzó el cabriolé tan conocido de Fayot, con su lacayito microscópico, su caballo bayo, sus arneses blancos... un cabriolé legendario, como lo fué posteriormente el del duque de Brunswich.

Pero no todos los duelos, sobre todo en aquella época, terminaban tan alegremente. Como prueba, ahí va la historia que sigue.